

Sagrario Torres y su poema de amor al Quijote

José María Balcells Doménech
Universidad de León

Convergencias antecedentes

En la literatura española del siglo XX, la obra cumbre de Cervantes, así como su personaje central, fueron pretexto inspirador para autores de diferentes estéticas y períodos, y a partir de una leva, la de los noventaiochistas, en la que abundaron las exégesis del *Quijote*¹. Entre estos iba a ser Miguel de Unamuno quien más páginas dedicase al tema, tema que dio ocasión a la peculiar relectura del texto cervantino que titularía *Vida de Don Quijote y Sancho* (1904).

Diez años después de publicarse la antecitada obra unamuniana, aparece la del novecentista Ortega y Gasset *Meditaciones sobre el Quijote* (1914), escrita en 1912 y 1913, y en tantos aspectos en contrapunto con aquella. La primera, en efecto, se vence del lado de una atención apasionada hacia el ámbito anímico, mientras la segunda se centra en el análisis de las ideas y de las técnicas literarias.

De Cervantes y de su ingenioso hidalgo se ocuparon distintos escritores del 27, una nómina nutrida de poetas y prosistas que va desde Vicente Alexandre hasta Serrano Poncela, pasando por Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Max Aub, Francisco Ayala, José Bergamín, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Pedro Salinas, María Zambrano, Antonio Oliver Belmás, etc.²

¹ A raíz del tricentenario de la edición del *Quijote* se produjo un notable acercamiento de los jóvenes escritores finiseculares a ese texto cervantino. Cf. JAVIER BLASCO. «El *Quijote* de 1905 (apuntes sobre el quijotismo finisecular)», en *Miguel de Cervantes. La invención de la novela moderna*, en *Anthropos* 98-99 (1989), 120-2.

² Al respecto, es valioso el monográfico *Miguel de Cervantes y los escritores del 27*. Presentación y selección de textos de Ana RODRÍGUEZ FISCHER, publicado en *Anthropos*, monografías temáticas

Algunos autores del 27 plasmaron esos asuntos en creaciones poéticas, y entre ellos se cuentan Gerardo Diego y Miguel Valdivieso. Del santanderino consignamos aquí, a modo de ejemplo, dos poemas del conjunto *El cordobés dilucidado* (1966): "Soneto ingenuo de don Quijote" y "Después de Cervantes". A su vez, Miguel Valdivieso fue autor de "Dulcinea", antológico soneto inserto en su libro, de titulación romanceril, *A quien conmigo va*³.

No falta la temática de referencia en autoras coetáneas de los escritores recién citados, así en Rosa Chacel y María Teresa León, y tampoco en versos de poetisas de las sucesivas promociones de posguerra, y máxime en líricos manchegos. Las referencias a Cervantes y a determinados personajes del *Quijote* no son precisamente raras en la poesía de Juan Alcaide. Composición a varias voces es la de Blas de Otero "La muerte de Don Quijote", debiéndose a Luis Rosales el ensayo *Cervantes y la libertad* (1960). José Hierro ha sido autor de unas reflexiones en torno a la idea azoriniana según la cual "El *Quijote* lo escribió...la posteridad"⁴. Un miembro del cincuenta como Ángel Crespo creó, en su fase postista, el "Soneto de don Quijote sin caballo"⁵.

Sagrario Torres: trayectoria lírica

Pero el supuesto de Sagrario Torres resulta por completo atípico en las letras españolas, toda vez que a la autora ciudarrealena no la consideramos en estas notas en virtud de uno o de varios poemas *ad hoc*, sino por haber elaborado una obra entera sobre la materia. Estamos aludiendo a *Íntima a Quijote*, libro editado en 1986, y que iba a constituir el séptimo de sus conjuntos líricos.

Nacida en 1923 en la localidad de Valdepeñas, y perteneciente, desde una perspectiva cronológica, a la primera promoción literaria de posguerra, su más temprana entrega poética, *Catorce bocas me alimentan*, se publica en 1968, en un marco literario en el que ya se habían dado a conocer los llamados "novísimos". Al cabo de dos años de este conjunto inicial, compuesto íntegramente por sonetos, sale a la luz *Hormigón traslúcido* (1970), al que seguirían, en el primer lustro de los setenta, otros tres libros de versos: *Carta a Dios* (1971), *Esta espina dorsal estremecida* (1973), obra de nuevo de carácter sonetístico, y *Los ojos nunca crecen* (1973), subtítulo "Poema autobiográfico de su vida de colegio".

16 (julio-agosto, 1989).

³ Vid. este texto en MIGUEL VALDIVIESO. *Obra Completa*. Prólogo de Jorge Guillén. Carboneras de Guadazaón: El toro de barro, 1968, 135.

⁴ Este fue justamente el título de su discurso de 1999 leído en el acto en que se hizo entrega del Premio Cervantes.

⁵ Puede leerse en ÁNGEL CRESPO. *Primeras poesías (1942-1949)*. Edición de José María Balcels. Ciudad Real: Diputación, 1993, 90.

Comenzada la década de los ochenta, Sagrario Torres hizo imprimir *Regreso al corazón* (1981), escribiendo luego el libro en el que vamos a centrarnos, *Íntima a Quijote*, libro distribuido en tres partes poemáticas, precedidas de un prólogo en prosa bajo el escueto título de “Al lector”. Tales prolegómenos son muy valiosos para entender la génesis de esta obra, así como para un acercamiento a sus principales claves, de ahí que resulte necesario que sinteticemos ahora su contenido.

Declaraciones proemiales

Principia la autora dicho pórtico participándonos que determinadas circunstancias y trazos de su vida la predispusieron a sentir, por el hidalgo Alonso Quijano, un amor muy profundo. Tres habrían sido las causas favorecedoras: nacer en La Mancha, como Quijote⁶; educarse en el internado estatal “Nuestra Señora de la Paloma”, sito en Alcalá de Henares, patria de Cervantes, y la pasión por la lectura de cuanto contuviese “gotas o raudales de poesía”⁷. Esta tríada de factores la condujeron, de niña, y según sus propias palabras, “a enamorarme hasta la médula del galán Quijote”⁸.

Obsérvese que Sagrario Torres, al referirse al personaje cervantino, suprime el tratamiento de don con que se le conoce habitualmente, y que le antepuso su creador, en una suerte de resta denominativa que ya consta en el frontis mismo de la obra. Por este medio, el de despojarla incluso de la mención a la hidalguía, se pretende dotar de mayor grado de humanidad a la figura quijotesca, con lo que se facilita la plática espiritual con el ente fictivo que fue el destinatario del amor un día adolescente, luego adulto, de la autora.

La naturaleza secreta de ese amor nacido en la niñez iba a convertirse, con el paso del tiempo, en el hondo impulso interior que originase el libro *Íntima a Quijote*, cuya génesis emerge de la irrefrenable necesidad de hacer pública declaración de entrega de la propia vida emocional al hombre que, por tratarse de una criatura de ficción, era del todo punto imposible “ver”. Pero declararse ¿cómo? Pues valiéndose de una misiva, merced a un conjunto de versos de índole epistolar, lo que determina que *Íntima a Quijote* sea un texto poemático al que contribuyen a conferir cohesión sus caracteres de carta.

De una carta de contenido diverso en la cual se expresa el punto de vista de la autora sobre la persona de Quijote; en la cual imagina ésta cómo pudo ser

⁶ La invocación del paisanaje con Cervantes se advierte en otros autores oriundos de la zona, así por ejemplo en JUAN ALCAIDE. Léase su poema «Mi tierra y yo», en su *Poesía Completa*. Ciudad Real: Diputación, 1993, 107-8.

⁷ Todas las citas de *Íntima a Quijote* se toman de la edición de la obra que publicó, en Madrid, la Asociación de Escritores y Artistas Españoles en 1986. Aquí se remite a la p. 9.

⁸ *Ibid.*

concebido en la mente de Cervantes; en la cual se intenta descifrar el sentido de la vida del personaje; y en la cual, en fin, se hace la confesión de haber jurado fidelidad sin quebranto al espíritu y fama quijotescos.

Sagrario Torres califica la carta como “arreatada”, y a juicio suyo acaso admita entenderse como representativa, no del sentir de una sola, sino del de varias, aunque escasas, mujeres que pudieron haber captado lo que Quijote pretendió con su singular comportamiento. Y precisemos que no se alude a féminas de carne y hueso, sino a diversos personajes de la magna novela, es decir a Aldonza Lorenzo, ensalzada como Dulcinea por don Quijote; al par de mujeres a las que éste dio el tratamiento de doñas cuando eran simplemente conocidas como Tolosa y Molinera; y en cuarto lugar a la que Cervantes hizo hija de doña Rodríguez. Estas mujeres sí podrían, en el supuesto de haber vivido en la realidad física, compartir los sentimientos de la carta, a diferencia de otros personajes femeninos de la obra que tuvieron a Don Quijote por un chiflado, así la Duquesa, distante desde las alturas de su aristocracia, y así también Altisidora, de onomástica tan elocuente, y de tan poco fiable conducta.

Ya en el punto final de esos preliminares, Sagrario Torres efectúa una interpelación a los lectores para decirles que es a ellos a quienes encomienda su libro, puesto que a su auténtico destinatario, el personaje ideado por Cervantes, no va a ser posible leerlo. Pese a su brevedad, hay en ese último párrafo otro aspecto remarcable, el de diferenciar de nuevo, y como arriba, un Quijote con o sin tratamiento de don. El primero coincide con el de su autor, y por ende con el de todos los lectores de la novela, incluida la poeta valdepeñera. El segundo, en cambio, es el suyo, aunque en ese posesivo quedan comprendidas igualmente, por representarlas, las antecitadas Aldonza, Tolosa y Molinera.

La Parte Primera

Después del prólogo “Al lector”, una cita de Fedor Dostoievski prelude la obra. En ese fragmento sostuvo el novelista ruso, entre otras afirmaciones, que el *Quijote* es la creación más profunda que la mente humana ha concebido. A continuación, da comienzo la Primera Parte del libro, subtitulada “Visiones dolorosas y excelsas en Cervantes, donde se ha querido ver lo sobrenatural para el alumbramiento de don Quijote”. Al principio de esta Parte va una “Introducción” –en versos y estrofas varias, como en casi toda esta obra-, en la que Sagrario Torres especula imaginativamente acerca de cómo pudo irse forjando el más emblemático personaje cervantino dentro de la conciencia que lo alentó.

Al respecto, la poeta manchega se traslada mentalmente a la España del siglo XVI, más en concreto a la Sevilla de entonces, y evoca a un Cervantes que, vencido por la edad y por el infortunio, está preso en la cárcel de la capital bética en la que se considera que engendró la figura del Quijote. El personaje

habría crecido y crecido dentro de sí, emergiendo en gran medida a su imagen y semejanza, lo cual coincide con varias hipótesis del cervantismo.

En las estrofas de cierre con las que finaliza la “Introducción”, Sagrario Torres emprende un esbozo de retrato del Quijote en cuyo transcurso le adjudica valores diversos, así la carencia de cualquier tipo de delito; la demostración de una doctrina inextinguible; un freno de castidad a unos impulsos que no empecen su perfil de “...varón,/ entre los más varones”⁹; y la sobrevivencia de su fama más allá de los siglos. Este croquis de retrato se desenvuelve a través de pautas asimilables a la andadura litánica, la cual va a conformar uno de los recursos más reiterados en el libro¹⁰.

Que el Quijote fuera engendrado en las vicisitudes cervantinas descritas no resulta incompatible, según los versos de la autora que abren el fragmento I de la Parte Primera, con su convicción poética de que el personaje preexistió a su creador humano, el cual habría asumido y dado a luz literaria un previo fermento estelar del hidalgo. El novelista, por tanto, no fue sino un cooperador necesario para el nacimiento del de la Triste Figura, un padre que acepta una semilla larvada de antemano desde los astros, un padre que, en realidad, no lo es *ab origine*. Al propio Quijote le participa Sagrario Torres cuanto antecede, y ya en la forma de carta que adoptará todo el libro.

En el fragmento II del canto inicial, la locutora de la misiva se interroga retóricamente acerca del lugar geográfico donde Quijote pudo haber vivido su niñez y su mocedad. Luego imagina al personaje viviendo en pacífica bonanza y armonía con la naturaleza hasta el momento en que fue vinculado a una tierra específica, la suya, la manchega. Desde allá, desde esos horizontes dio testimonio imperecedero de su proyecto idealista, de andadura tan espinosa.

El “Intermedio”

Continúa el libro con un “Intermedio” que consta de cuatro fragmentos. En el de apertura la hablante confiesa a Quijote la precocidad de su amor enervado hacia él, un amor que brotó en la escuela. A partir de entonces la marcaría esa entrega espiritual a su coterráneo, diferenciándose por eso mismo de las demás adolescentes, que soñaban con príncipes azules. En cambio, ella solo amaba “a un Caballero y su caballo”¹¹.

El fragmento II basa su contenido en unos comentarios extraídos de la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno. Son aquellos en los que se valora elogio-

⁹ *Ibid.*, 20.

¹⁰ Cf. FRANCISCO MENA CANTERO. «Sobre *Íntima a Quijote*», en *Cuadernos de Nueva Poesía* (abril, 1987).

¹¹ *Íntima a Quijote*, 32.

samente el ejemplar comportamiento de la Tolosa y la Molinera con Don Quijote, a quien dan de comer, a quien ciñen espada y calzan espuela. Y todo lo hicieron con actitud de servicio y con humildad, en pro de aquel “loco sublime” que las elevó a la dignidad de “doñas” desde la degradación en la que los imponderables de la vida las habían sumido.

Inspirándose en estos comentarios unamunianos, Sagrario Torres evoca a estas dos mujeres en su niñez humilde e inocente, y ganándose el pan en parajes naturales limpios, pero en un medio social duro y difícil. Así un día tras otro hasta que fueron abocadas a la prostitución, siendo objeto de la lujuria de gente embrutecida. Quizá por hallarse atrapadas en esa situación de desgracia, sus corazones se emocionaron ante el insólito respeto y la gran ternura con que las miró don Quijote. Merced a tan atípico caballero, renacería en ellas lo mejor de sí mismas mientras iban diluyéndose en su memoria las denigrantes escenas tantas veces soportadas a su pesar.

Don Quijote marchó, pero ellas quedaron dignificadas como personas gracias a él, e incluso ennoblecidas en virtud del tratamiento doñeguil que les dio el sinpar personaje. De la conmoción interna que les produjo conocer a Alonso Quijano va a seguirse que deseen un cambio profundo en sus vidas, y que piensen en la huida.

Dos sonetos integran el fragmento III, composiciones ambas “En homenaje a la Tolosa y la Molinera”. Sonetos magníficos técnicamente, -era esperable de autora tan experta en el cultivo de esta fórmula literaria- en el primero glosa la poeta la encerrona de cieno en la que fueron a caer esas infaustas mujeres, en tanto en el segundo inculpa, a las esposas de los hombres que las gozaron embrutecidamente, de haber sido las causantes de la lujuria de sus maridos.

Excusado será apostillar aquí que nos parece muy discutible ese punto de vista, condicionado por una visión patriarcal manifiesta, puesto que exime a los rústicos gozadores de cualquier responsabilidad en su comportamiento con la Tolosa y la Molinera, desviándola por entero hacia sus respectivas consortes. Ocurriría, por consiguiente, que unas mujeres están en el fango por el mal hacer de otras, lo que pudiera admitirse en algún supuesto, pero en este poema la autora generaliza, lo que no es aceptable en buena lógica, amén de que este tipo de pronunciamientos convergen con enfoques montaraces sobre las funciones de la mujer en la sociedad.

El fragmento cuarto, y último, de este “Intermedio”, comprende versos de gran temperatura lírica, en los que se glosa poéticamente la vela de armas del héroe, ritual que fue previo a acometer la empresa de su “salida” en pro de la justicia.

La Segunda Parte

Tres son los fragmentos de que consta la Segunda Parte, titulada “Después de las amarguras que sufrió Don Quijote durante largo tiempo, y que a ninguna, por conocidas, se hace alusión”. En el primero de tales momentos se glosa el regreso del caballero a su aldea, después de dejar atrás una experiencia que lo curtió madurando su conocimiento. Versos culminantes de ese tramo textual son aquellos en los que se elogia el drástico ascetismo del Quijote, al que la autora retrata como el ser más idealista entre los más idealistas.

Una dura diatriba contra la pérdida de valores del mundo sustenta la apología del Quijote que leemos en el fragmento II. Y para regenerar una insoslayable decadencia se precisa, a fin de que siga habiendo esperanza en un justo porvenir humano, de una cuarta salida del caballero andante, pues él encarna la sublimidad, la belleza, la poesía, la música, así como los demás valores degradados y perdidos. La historia habrá de mejorar necesariamente gracias a su rebeldía, una rebeldía religiosa, evangélica, santa, y que justifica el ruego de que abogue para que se preserve la hermosura en el interior del ser humano, y en la naturaleza. Escribe Sagrario Torres:

Tú, apóstol décimotercero,
sube a la más alta cima y pide
que no se acabe nunca la memoria del hombre.
Que los mares no hagan
fosa común de cuanto existe,
ni las hachas de enloquecidos montes
arranquen los pilares más hondos.

Clama, para que siga en pie cuanto de hermoso
se alza todavía
en las conciencias y el paisaje.

Para que nunca dejen de brotar
las flores de los campos, lana de las ovejas,
niños desde los vientres.¹²

Estos versos nos traen a la memoria el poema de Rubén Darío “Letanía de nuestro señor Don Quijote”¹³, puesto que se da entre ambos textos, el de Sagrario Torres y el del nicaragüense, el paralelismo de pedir al héroe que vele por

¹² *Ibid.*, 57.

¹³ Figura dentro del grupo de composiciones “Otros poemas”, en el poemario de 1905 *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas* (Madrid, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*).

la preservación de diversos males que acechan al hombre y al orbe. Sin embargo, los dodecasílabos rubenianos están impregnados, a diferencia de los de la poeta de Ciudad Real, de ostensibles resonancias de oraciones mariales.

Viene encabezado el fragmento III por una cita que procede, nuevamente, de la unamuniana *Vida de Don Quijote y Sancho*. El pasaje que aquí se traslada tiene, en realidad, carácter doble, pues en el primero abre el Quijote su corazón a Aldonza, y en el segundo hace ella lo propio respecto a él. En ambos se expresa la convicción de Unamuno, compartida por los dos personajes, de que el tardío encuentro con la amada impidió al héroe conjurar su locura. Aldonza hubiera mantenido en Quijano al hombre de altísimos ideales, pero evitando al loco, de manera que las acciones quijotescas no habrían dado en lo burlesco, sino que devendrían fruto del idealismo de las veras.

Basándose en la petición que, en el texto de Unamuno, le dirige Aldonza al Quijote para que acuda al reposo de su regazo, en este último fragmento también se ofrece la hablante para cuidar del héroe con entero desvelo, para entregarse a su servicio de modo fiel, exclusivo, absoluto. Como colofón, que también lo es de esta Parte, se interpela al Quijote confesándole “Te han amado los hombres./ Yo te amo por todas las mujeres”¹⁴.

Un soneto, el tercero de los que se insertan en la obra, pone rúbrica conclusiva al libro. Titulado “Contigo irá mi sombra”, en esta composición se da fe del amor imposible experimentado hacia y por el personaje cervantino, un amor desmedido que ha supuesto a una mujer haberse vuelto loca por un individuo de ficción tan maravilloso. Poema elaborado desde la extraordinaria maestría que caracteriza la sonetística de Sagrario Torres, en la textura del mismo se dejan sentir ecos, no marcados en exceso, del clásico soneto amoroso “de contrarios”, de tanto empleo en las letras áureas.

De un climático amor indeleble

Al cabo ya de nuestro periplo a través de *Íntima a Quijote*, puede ser útil peraltar, por vía contrastativa, algunos de los sesgos del enfoque del personaje por Sagrario Torres. Anotemos, por ejemplo, que la poeta prescinde de aspectos relativos a facetas caricaturales, burlescas o paródicas, obviando notas de comicidad en el héroe. En la perspectiva de la escritora manchega se subsumen ciertas ideas unamunianas, la búsqueda del alma quijotesca que propuso Jorge Guillén, o la convicción de Cernuda de que en Alonso Quijano había un espíritu de poeta. Coincidirá con Hierro en la creencia de que Don Quijote existió antes de que la pluma cervantina lo trasladase a la novela, pero va a diferir de cualesquiera aproximaciones anteriores en virtud de la plasmación de un hondo e intensí-

¹⁴ *Íntima a Quijote*, 64.

simo amor declarado a Quijote, un amor inmarcesible que se proclama poéticamente desde un enfebrecido pulso climático sin asomo de anticlímax¹⁵.

¹⁵ Francisco Mena Cantero, *ibid.*